



CRONICA DESDE BUENOS AIRES

# LA VIGILIA ELECTORAL

FUERON veintiocho horas y media de vigilia nacional. Desde las dieciocho del domingo —cierre del comicio— hasta las veintidós treinta del día siguiente, cuando el Presidente Lanusse habló por la cadena de radio y televisión para anunciar, ambigüamente, el triunfo de la fórmula Héctor Cámpora-Vicente Solano Lima.

Hasta ese momento, el país entero permaneció en vilo, con los nervios acelerados, complicándose en cálculos luego de alguna nueva cifra importante. Es que, además de cuestiones de fondo, el invento francés importado por el gobierno militar especialmente para estas elecciones, obligó a repasar viejos conocimientos de matemáticas. Infructuosamente para la mayoría. Porque el «ballotage» fue desarrollado en una ley electoral lo suficientemente poco explicada como para que siempre, en la mesa de algún café, apareciera el «personaje ilustrado» que conocía la variante «exacta». Y todos los cálculos se desarmaban como un complicado rompecabezas.

Para «evitar confusiones», el Gobierno había prohibido transmitir cualquier tipo de resultados desde el cierre del comicio hasta dos horas después. Claramente, el miedo a las confusiones consistía en el intento de impedir manifestaciones. Una cosa era obvia: el Frente Justicialista de Liberación, integrado principalmente por el peronismo, iba a obtener el mayor número de votos. Por eso, el «ballotage», que aquí, como en Francia, es el margen de maniobra que se asegura el régimen para continuar. La expectativa en torno a la segunda vuelta se impuso lo suficiente como para limitar las expresiones de júbilo.

Para muchos carecía de sentido festejar el triunfo, si es que de todas maneras había que concurrir nuevamente a las urnas.

Oficialmente, esa circunstancia se manejó con «habilidad». O despiadadamente, según calificó algún diario de Buenos Aires al demorado escrutinio. En las pizarras instaladas dentro de la Casa de Gobierno, las cifras se iban renovando con una lentitud exasperante. Por momentos se paralizaba totalmente la información, y los funcionarios recurrían a explicaciones técnicas. «Fallas humanas en el recuento de votos provocan que las computadoras rechacen los datos que se les ofrecen».

Pero el proceso intrincado que llevó a las elecciones fue despertando las suficientes suspicacias y desconfianza como para que pudiese verse en las fallas técnicas una especie de «vómito cibernético» del aluvión de votos frentistas. Héctor Cámpora, candidato presidencial de ese sector y delegado de Perón, lo señaló en una conferencia de prensa: «Para el Frente Justicialista, que ha sido objeto de un constante hostigamiento, un error técnico es sospechable; tenemos fundados motivos para experimentar graves sospechas, tanto por los inexplicables errores como por la excesiva demora en dar a conocer a la opinión pública el triunfo del Frente».

Efectivamente, ese triunfo ya estaba en la calle. La excesiva «prolijidad» gubernamental fue víctima de sí misma, y se comenzaba a descontar que no habría segunda vuelta. También estaban los datos extraoficiales proporcionados por las radios y canales de televisión a través de sus redes de corresponsales y centros de computación pro-

prios. Ninguno de ellos coincidía entre sí —tampoco con los datos oficiales—, pero la mayoría indicaba que el Frente había obtenido más del 50 por 100 de los votos. En forma confidencial, funcionarios del Ministerio del Interior (el Ministerio político), lo admitían. Las pizarras seguían oscilando en torno al 49 por 100, hasta que inevitablemente se convirtieron en un dato formal y carente de sentido. La verdad desnuda circulaba por otros pasillos: los densos de la Casa de Gobierno, en los grupos formados alrededor de un diario o en las manifestaciones intentadas en barrios populares y ante la sede del Frente. A pesar de la severa represión policial —y militar en algunos casos—, porque toda expresión masiva antes de las veinticuatro del lunes 12 había sido prohibida.

Durante la noche del domingo y a lo largo del lunes, una tras otra se sucedieron las reuniones entre miembros de las Fuerzas Armadas y los responsables principales del equipo gubernamental. El clima interno se percibió con nitidez cuando con el rostro severo y nervioso el Presidente Lanusse se hizo presente en la sala que nucleaba a más de quinientos periodistas. Habló en el más puro estilo militar. Dando órdenes; de silencio, de no aglomeración. Había concurrido «para informarse personalmente de la marcha del escrutinio, no para informar». Mientras lo hacía, policías de la custodia personal desconectaron los teléfonos para impedir que los cronistas se comunicasen con sus respectivos medios. Dijeron luego que el Presidente quería saber el origen de las fallas en el recuento de votos (en un momento había más votos que votan-

RICARDO GRASSI

tes) y acelerar el escrutinio. Explicaron que algunas planillas electorales se habían sumado dos veces, y la prensa reclamó un informe más completo, «porque eso no alcanzaba para ser creíble».

A las diez de la noche del lunes, las pizarras daban a la fórmula del Frente el 49 por 100. Pero no importaba, porque ya se sabía que no habría segunda vuelta; porque el porcentaje superaba la mitad más uno, porque la segunda fuerza —el radicalismo— no tenía el número de votos suficientes como para justificarla, o porque este mismo sector, coherente consigo mismo, renunciaría voluntariamente a una nueva compulsión electoral. También se sabía que minutos después, Lanusse anunciaría el triunfo definitivo del Frente.

Hasta el último momento no se sabía con certeza si habría o no elecciones. Rumores acerca de posibles golpes militares o la postergación de la fecha establecida el 22 de agosto de 1972, no resultaban incoherentes dentro de un proceso que sufrió todas las variantes tácticas en la lucha estratégica por conservar o arrebatar el poder.

Invariablemente, a pesar de todos los «adornos», se trataba de un enfrentamiento más entre los intereses instalados en ese poder —con las variaciones que ha sufrido— después del golpe de Estado que en 1955 terminó con diez años de Gobierno peronista, y el peronismo.

Para esta campaña electoral, el peronismo —a través del Frente— sintetizó su prédica en la derrota «del continuismo intentado por la dictadura militar» y en una opción: «dependencia o liberación». Los aspectos más radicalizados de esa posición fueron expuestos por la Juventud Peronista y las organizaciones político-militares que, guste o no —incluso a determinados sectores de esta fuerza política—, integran el Movimiento Peronista.

La opción del Gobierno fue expresada por el Presidente Lanusse horas antes del comicio mediante un discurso que si bien hablaba de imparcialidad, tuvo características proselitistas: orden o caos, libertad o dictadura, madurez cívica o sometimiento a los dictámenes de un hombre (léase Perón).

Con toda esa carga, el pueblo argentino concurrió masivamente a depositar su voto el 11 de marzo a favor de alguna de las nueve fórmulas presidenciales. Después de siete años de gobierno militar directo ininterrumpido. Y a pesar de todos los inconvenientes surgidos, se votó masivamente. Más del 90 por 100 de los inscritos en el padrón electoral. Un padrón que —según denuncias hechas por el Frente— incluía muertos y excluía a trescientos mil vivos. Largas filas de personas se formaron desde la apertura de los comicios frente a los locales habilitados a esos efectos. Un domingo que en Buenos Aires fue caluroso y húmedo, mientras en gran parte del resto del

triunfo 7



El mundo moderno ha puesto a disposición del político una inmensa maquinaria para que pueda difundir una imagen molesta, antipática y desagradable de sí mismo. Usa de ella con fruición. Es un es-

tílo. Y va en épocas, pero en proporción inversa. Es decir, a una época grave corresponden políticos sonrientes, a una época serena, políticos ceñudos. Parece que un gran político es la imagen invertida de su pueblo. Es una teoría fantástica y divertida. Churchill, gordo y exuberante, extravertido y anecdótico, sería la contrafigura del inglés seco, alto, silencioso. Hitler, pequeño, moreno y discordante, lo habría sido de un país de gentes rubias, atléticas y musicales. A un país cachonduelo, improvisador y parlanchín, correspondería un jefe austero, misterioso, reflexivo y encerrado, y viceversa. Si Goethe preconizaba en las grandes amistades y en los grandes amores las afinidades electivas, parece que en política lo importante son los contrastes electivos. Siempre se ha admirado lo distinto —la distinción—, y en el fondo, también hay algún sentimiento de inferioridad y algún masoquismo.

Imagen invertida de su pueblo, imagen invertida de su época. La sonrisa durante la tormenta —"no os apuréis, aquí estoy yo, que haré salir el Sol"—, el rostro serio y grave cuando el Sol brilla —"no hay que confiar, hay que vigilar; pero aquí estoy yo"—. En una época extrañamente próspera para los países de Occidente —incluyendo en ellos, claro está, a los de régimen comunista, que es un régimen de tradición y filosofía puramente occidentales—, los políticos están revistiendo el rostro de la tragedia. Nixon es un ejemplo continuo. Nixon acaba de anunciar que es capaz de reanudar los bombardeos de Vietnam si las cosas fuesen mal,

## Los Contem pora neos

### AGUAFIESTAS

y los portavoces habituales han tenido que precipitarse a decir que no se trata de ninguna amenaza. Nixon ha utilizado todos los medios de la técnica moderna para advertir que pedía al Congreso la in-

plantación de la pena de muerte —para ciertos delitos: o sea, como siempre, porque la pena de muerte siempre se ha aplicado para ciertos delitos— cuando apenas han pasado unos meses desde la histórica victoria de la abolición, cuando el Tribunal Supremo la declaró inconstitucional. Nixon tiene una gran vocación de aguafiestas de sí mismo. Sin duda es así como ha llegado a Presidente de la nación, y lo ha sido una segunda vez.

La voz de la tragedia —la máscara de Melpómene, el pelo agitado por el viento de la historia, el coturno para elevarse de entre los mortales— sienta bien, ahora, al político. Tiene que recordar que es el mago de la tribu: la forma más fácil y más habitual de recordarlo es hacer bien patente que tiene en sus manos el rayo, el rayo de la muerte, de la destrucción. Que es el dueño de las fuentes de la vida y de la historia. Que es, en suma, el aguafiestas del mundo occidental.

¿Va a comenzar pronto a pasarse de moda esta actitud? Todavía las invocaciones al caos hechas por Pompidou han dado un excelente resultado electoral. El caos era el estado de confusión y terrible desorden existente antes de que el poderoso —es decir, De Gaulle, o el político en ejercicio— estableciera el orden. Etimológicamente, caos es espacio vacío; apurando la etimología, es apertura. O apertura. De donde la identificación entre apertura y caos que hacen algunos de nuestros políticos catastrofistas, no es tan disparatada. Desde el punto de vista etimológico, naturalmente. Desde el punto de vista político, histórico, real, puede decirse que no hay ninguna relación.

### POZUELO

## LA VIGILIA ELECTORAL

país se vivían aún las consecuencias de tremendos temporales.

Al mediodía ya habían votado más del 50 por 100; al mediodía también se conocían algunas serias denuncias, como la existencia —en algunos lugares— de boletas que no correspondían al distrito en el que se estaba votando. Otras incluían inscripciones no autorizadas, convirtiéndolas en un voto anulado. Por otra parte, las urnas, mal confeccionadas y demasiado pequeñas, no alcanzaban para contener en su interior todos los votos, ante lo que el Gobierno tuvo que impartir órdenes verbales para solucionar un inconveniente no previsto en la ley.

Más que cualquier domingo, la ciudad presentaba un aspecto solitario. Desde las paredes de los edificios, tapizadas con carteles de la campaña electoral, las caras de los candidatos miraban sonrientes o severamente —según el estilo elegido por cada uno— aguardando el resultado final. La gente, después de votar, regresaba a sus casas para seguir el proceso desde una radio o un televisor. Finalizado ya el comicio, algunos pequeños grupos se instalaron en la histórica plaza de Mayo, frente a la Casa Rosada (sede del Gobierno). Lanusse aguardaba recluido en la residencia presidencial, ubicada en las afueras de Buenos Aires.

Algunos policías miraban sus relojes. Pero la hora popular era distinta. Además, la cara severa de Lanusse ya había aparecido en las pantallas de televisión anunciando lo que —a pesar de lo confuso del mensaje— se entendió claramente como el definitivo triunfo del Frente Justicialista de Liberación. Desde el erróneo ángulo de análisis adoptado por el actual Presidente y otros sectores políticos, era el triunfo de Perón. Que lo es, pero la mínima lucidez alcanza para comprender que los procesos políticos y sociales trascienden —sin excluirlo— el análisis individual. Así como con la eliminación de Lanusse tampoco se acaban los intereses que él representa y encarna.

Necesariamente hay que incluir a esa multitud que se lanzó a las calles, convirtiéndolas en ríos humanos, luego del discurso presidencial. A pesar de que los relojes de la Policía indicaban una hora esquemática, ceñida a la orden estricta de que hasta las veinticuatro no debía permitirse ningún tipo de manifestaciones. La orden se tradujo en el disparo de granadas de gases lacrimógenos, balas de goma disparadas sobre los manifestantes, palos, camiones policiales acelerando hacia la gente.

Se repitió entonces un espectáculo muchas veces visto: corridas, puertas de domicilios particulares que se abren generosas para burlar la persecución, gritos de desafío, piedras e insultos para responder al ataque, lágrimas y heridos, algunos seriamente.

Las columnas avanzaban desde los cuatro puntos cardinales de la ciudad hacia la sede del Frente, ubicada cerca de la zona céntrica de la capital federal. Cantando, lanzando consignas de triunfo con ritmo de bombos y latas vacías, además de las bocinas que surgían de densas caravanas de automóviles. Hasta que la represión no pudo más. Faltaban veinte minutos para las veinticuatro, cuando las fuerzas policiales comenzaron a retirarse.

Más de cien mil personas ocupaban totalmente la ancha avenida Santa Fe a lo largo de cuatro cuadras, conformando un espectáculo que las generaciones jóvenes nunca habían tenido la oportunidad de vivir. Y eran jóvenes en su mayoría los que estaban allí. Pero junto a ellos, personas mayores, viejos incluso, que se abrazaban llorando de júbilo, de emoción ante un hecho que no parecía del todo cierto.

Es que en esa expresión masiva se concentraban muchos años de Historia argentina, y resultaba imposible no conmoverse ante tanta alegría. Manifestada estruendosamente a través de un «folklore popular» que se renueva en forma constante. Sólo las derechas, la oligarquía, se espanta ante este aluvión de trabajadores sucios y sudorosos, donde sólo escuchan el ruido y los gritos que perturban su sueño. Detrás del sueño interrumpido está el miedo a ese avance popular que pretende recuperar lo que se le ha quitado o negado.

Para algunos, Buenos Aires fue el lunes a la noche una ciudad ocupada. Así lo manifestó el contralmirante Isaac Rojas, uno de los cabecillas de la «revolución» del 55, que mediante una nota al jefe de Policía reclamó orden y seguridad pública. Para otros, Buenos Aires fue una ciudad liberada.

En todas partes había manifestaciones. En pleno centro, Corrientes y 9 de julio, donde está el característico Obelisco, la circulación de automóviles era totalmente imposible por la gran cantidad de gente que ocupaba las avenidas; bailando, saltando, siempre con el fondo de un bombo interminable golpeando un triunfo, machacando una derrota.

Ante la sede del Frente, las horas pasaban, y la gente se renovaba constantemente; los cafés de los alrededores eran verdaderos actos políticos. Una tras otra surgían consignas, impulsadas fundamentalmente por la Juventud Peronista, que decían claramente del contenido dado a la lucha y a esta batalla victoriosa: construir el socialismo y organizarse para defender lo logrado, que todavía es mínimo; el Gobierno no alcanza, hay que marchar hacia el control total del poder; la lucha popular continúa y no estaban ausentes los que cayeron para siempre.

Ese recuerdo —fundamentalmente, el dolor aún vivo por la masacre de Trelew— adquirió en un momen-





to contornos escalofriantes. Desde los altavoces del Frente, en medio de un silencio total, comenzaron a nombrarse, uno por uno, «a los muertos en la lucha por la liberación». Después de cada nombre, un «¡PRESENTE!» que salía de miles de bocas que inundaba cada rincón. Así, durante quince minutos.

La mayoría de las consignas aludían a las organizaciones armadas, pero no con un contenido de venganza por el pasado sufrido, sino como garantía para profundizar un proceso.

Todo ello en medio del humor y esa ironía que no deja escapar nada, referida principalmente al actual Gobierno y su estrepitosa derrota. Vimos un viejo coche fúnebre pintado con gruesas franjas de colores y en cuyo interior se «velaba» a Lanusse. Banderas argentinas, carteles de distintas localidades manifestando su presencia y un orden articulado internamente para permitir la rápida atención de los que sufrían desmayos o sofocaciones.

Distintos oradores explicaban la trascendencia del momento y las tareas del futuro, hasta que finalmente habló Héctor Cámpora en lo que fue su primer discurso luego de haber sido elegido Presidente del país. Cuando concluyó, a las cuatro de la madrugada del martes, pidió la desconcentración de los presentes. El pedido fue acatado unánimemente, y en pocos minutos sólo quedaban sobre la avenida millares de papeles blancos como testimonio de lo que allí había sucedido. Pero la soledad duró breves minutos, porque nuevamente caravanas de autos y columnas de manifestantes llegaban al lugar. A las siete de la mañana, cuando nos retiramos, los cantos proseguían.

Toda la ciudad, todo el país. No sólo los peronistas, sino también otros sectores del Frente y partidos independientes que de alguna manera se identifican con intereses populares, festejaban. Los demás, sufrían, lloraban, tenían miedo, reclamaban la intervención de las Fuerzas Armadas. Según está establecido, el 25 de mayo, éstas deberán entregar el Gobierno. Habrá que llegar hasta ese día, y aún subsiste la incertidumbre, a pesar de que los jefes militares han reiterado que será respetada la decisión popular. ■ R. G.

## REPUBLICA FEDERAL

### LA BASE SE REBELA

**Los dirigentes socialdemócratas y sindicalistas, frente a los obreros y estudiantes contestatarios.**

Valéry Giscard d'Estaing no tiene suerte: en el preciso momento en que se le ocurre citar como ejemplo que debería seguir la izquierda francesa a esos socialistas alemanes tan prudentes, tan sensatos, tan opuestos a las colectivizaciones y otras medidas anticapitalistas, la socialdemocracia entra en efervescencia y, presionada por su base obrera, inicia un giro a la izquierda sin precedentes en la historia alemana de los veinticinco últimos años.

El impulso ha partido esta vez, como es natural, de las grandes fábricas. Se acabaron los tiempos en que patronos y obreros trabajaban cogidos de la mano gracias al poder moderador de unos sindicatos conciliadores. Se acabaron los tiempos en que la industria alemana extendía su imperio por el mundo, invencible por la calidad y el precio de sus productos. La inflación alemana —de un 7 por 100 en 1972— es tan aguda como en los demás países industriales europeos, tal vez incluso más grave, y la devaluación del dólar, de la libra, de la lira, ha cercenado profunda-

mente los márgenes de competitividad y beneficio de la industria.

Consecuencia: los patronos se resisten a las reivindicaciones obreras, y el ministro socialdemócrata de Economía pide moderación a los dirigentes sindicales: los aumentos de salarios en el sector metalúrgico no deben superar el 8,5 por 100 en la industria química: el tope deseable es de un 8 por 100. Los dirigentes sindicales se doblegan ante los argumentos esgrimidos por el ministro, transmiten consignas de moderación a las secciones de empresa y deciden negociar con los patronos del sector metalúrgico sobre la base del 8,5 por 100 propuesto por el Gobierno.

Inmediatamente, la dirección de la IG-Metall (sindicato metalúrgico) se inunda de telegramas procedentes de todas las regiones del país: la base se rebela; la base reclama un 11,5 por 100 y en caso de que no se le conceda lo que pide, se declara dispuesta a pesar a la huelga. La IG-Metall se mantiene en sus trece y firma un convenio colectivo sobre la base del 8,5 por 100. La base exige entonces una votación. Y la votación, organizada

en todas las empresas, da como resultado el rechazo de la convención colectiva por parte del 62 por 100 de los obreros.

¿Llegará a producirse una prueba de fuerza? ¿Habrá una huelga nacional? No, según los estatutos del sindicato es preciso el 75 por 100 de los votos para decidir una guerra. La I. G.-Metall no la convocará. Tanto peor: no faltan obreros decididos a iniciar la lucha por cuenta propia. Veinte mil trabajadores de la Hoesch, de Dortmund, el mayor complejo siderúrgico de Alemania, se declaran en huelga y desfilan por las calles de la ciudad, encabezados por sus delegados. La Dirección toma represalias y despide a ocho delegados. La huelga se endurece; se organiza la solidaridad. Los patronos recuerdan entonces que hace algunos años, en 1969 exactamente, se originó precisamente en la Hoesch un gran movimiento de huelgas salvajes. Y la Hoesch se bate en retirada: readmisión de delegados despedidos, reapertura de las negociaciones.

¿Vá a volver todo al orden? No: comienzan a estallar aquí y allá "movimientos esporádicos"; mil obreros se declaran en paro en la AEG de Gelsenkirchen, y los trabajadores del sector químico, por su parte, reclaman una huelga nacional si no se les concede el aumento del 11,5 por 100 que reclaman.

Mientras tanto, el Partido Socialdemócrata (SPD) se convierte en presa de lo que sus dirigentes —Brandt, Wehmer, Schmidt— califican de un "petigroso izquierdismo". En previsión del congreso que ha de ce-



«El once por ciento, ni un penique menos», dice la pancarta de los obreros alemanes en huelga.